

XVIII

BUITRE CONVERTIDO EN FRESA

Insistamos en un hecho psicológico que es peculiar á las barricadas. Nada de cuanto caracteriza esta sorprendente guerra de las calles debe omitirse

Sea lo que fuere de esta extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que están dentro, no por eso deja de ser una vision.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; todas las brumas de lo desconocido se mezclan y se confunden con esos resplandores siniestros; las revoluciones son esfinges, y todo el que ha atravesado una barricada cree haber atravesado un sueño.

Lo que se siente en esos lugares, ya lo hemos indicado á propósito de Marius, y ya veremos las consecuencias de esto, es más y es ménos que la vida. Al salir de una barricada, no se sabe ya lo que allí se ha visto. Se han

presenciado cosas terribles, pero se ignoran. Se ha visto uno rodeado de ideas combatientes que tenían rostros humanos; hase tenido la cabeza sumergida en la luz del porvenir. Habia allí cadáveres acostados y fantasmas de pié. Las horas eran colosales, y parecian horas de eternidad. Hase vivido en la muerte. Infinitas sombras han pasado. ¿Qué era aquello? Se han visto manos donde se distinguian manchas de sangre; aquello era un ensordecimiento espantoso, era tambien un horrible silencio; habia allí bocas abiertas que gritaban, y otras bocas abiertas que callaban; se vivia allí envuelto en humo, en noche tal vez. Se cree haber tocado al siniestro rezumo de las profundidades desconocidas; se mira cierta cosa encarnada que se tiene en las uñas. Y ya no se acuerda de nada.

Volvamos á la calle de la Chanvrière.

Entre dos descargas, oyóse de improviso el lejano sonido de una campana que daba la hora.

— Son las doce, dijo Combeferre.

Las doce campanadas no habian sonado aún, cuando Enjolras se levantó de pié, y lanzó desde lo alto de la barricada, con voz tonante, este grito:

— Subid piedras á lo alto de la casa. Guarneced con ellas el reborde de la ventana y de las boardillas. La mitad de los hombres á los fusiles y la otra mitad á las piedras. No hay que perder ni un solo minuto.

Un peloton de zapadores-bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en órden de batalla en la extremidad de la calle.

Aquello no podia ser sino una cabeza de columna; ¿y de qué columna? De la columna de ataque evidentemente; pues los zapadores-bomberos encargados de demoler la barricada debian preceder siempre á los soldados encargados de dar el asalto.

Era evidente que se tocaba ya al instante que M. de Clermont-Tonnerre, en 1822, llamaba « el tiro de la collera. »

La órden de Enjolras fué cumplida con la correcta premura propia sólo de los buques y de las barricadas, que son los dos únicos lugares de combate de donde es imposible la evasión. En ménos de un minuto, las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras habia hecho amontonar en la puerta de Corinto, fueron subidos al primer piso y al granero, y ántes que transcurriera un segundo minuto, aquellas piedras, artísticamente dispuestas, una sobre otra, muraban hasta la mitad de la altura la ventana del cuarto principal y los ventanillos de las boardillas. Algunos huecos ó intervalos, que Feully, principal constructor, habia procurado dejar con el mayor cuidado, entre las piedras, podian dar paso á los cañones de los fusiles. Este armamento de las ventanas pudo hacerse con tanta mayor facilidad, cuanto que la metralla habia cesado. Las dos piezas de artillería disparaban ahora con bala contra el centro de la barrera, á fin de abrir brecha, en ella, si era posible, para intentar en seguida el asalto.

Luégo que se hallaron en su lugar correspondiente las piedras destinadas á la defensa suprema, Enjolras hizo conducir al cuarto principal las botellas que habia él colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

— ¿Pero quién ha de beber eso? le preguntó Bossuet

— Ellos, contestó Enjolras.

En seguida fortificaron bien la ventana del piso bajo, y prepararon las trancas y barras de hierro que servian para atrancar bien por la noche la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba pues completa. La barricada era el muro, y la taberna el castillo.

Con unos adoquines que quedaron sobrantes, taparon la escotadura lateral de la barrera.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben muy bien, suelen estos combinar sus operaciones de ataque con una especie de calma irritante, exponiéndose á los fuegos ántes de la hora oportuna, pero más bien en apariéncia que en realidad, y haciéndolo todo á su comodidad y á su conveniencia. Los preparativos para el ataque se hacen siempre con una lentitud calculada, metódica: despues de lo cual se lanza el rayo.

Esta calma de los acometedores permitió á Enjolras examinarlo y perfeccionarlo todo. Decia él para sí que, puesto que tales hombres iban á morir, su muerte debia ser una obra maestra.

Y dijo á Marius: — Nosotros somos los dos jefes. Yo voy á dar las últimas órdenes en el interior. Tú, quédate fuera y observa.

Marius se puso de observacion sobre la cresta de la barricada.

Enjolras hizo clavar la puerta de la cocina que, como recordará el lector, era el hospital de sangre.

— ¡Cuidado con salpicar sobre los enfermos! dijo.

Y comunicó sus últimas instrucciones en la sala baja, en breves palabras, pero con la más profunda tranquilidad. Feuilly escuchaba y respondia en nombre de todos.

— En el primer piso, se necesitan hachas de mano para cortar la escalera. ¿Las hay?

— Sí, dijo Feuilly.

— ¿Cuántas?

— Dos hachas y una maza.

— Está bien. Somos veintiseis combatientes de pié.

¿Cuántos fusiles hay?

— Treinta y cuatro.

— Sobran ocho. Conservad á la mano esos ocho fusiles, cargados como los demas. Los sables y las pistolas, en la cintura. Veinte hombres á la barricada. Seis, emboscados en las boardillas y en la ventana del cuarto principal, para hacer fuego contra los acometedores por entre las troneras de los adoquines. Es preciso que no quede aquí ni un solo trabajador inútil. Cuando, dentro de poco tiempo ya, se oiga el toque de carga de los tambores, precipitense los veinte de abajo á la barricada. Los primeros que lleguen ocuparán los mejores puestos.

Una vez dadas estas disposiciones, volvi6se hacia Javert y le dijo :

— No te he echado á ti en olvido.

Y colocando una pistola sobre la mesa, aadi6 :

— El último que saliere de aquí, levantará la tapa de los sesos á este espía.

— ¿Aquí? preguntó una voz.

— No ; no mezelemos ese cadáver con los nuestros. Bien se puede saltar sobre la barricada pequeña de la calle de Mondétour. No tiene más de cuatro piés de alto. El hombre está bien agarrotado. Le conducirán allí, y te ejecutarán inmediatamente.

En este momento habia allí álguien más impasible que Enjolras, Javert.

Al mismo tiempo apareció Juan Valjean.

Hasta ent6nces habia estado confundido en el grupo de los insurrectos. Salió de él, y dijo á Enjolras :

— ¿ Usted es el jefe?

— Sí.

— Me ha dado usted las gracias háce poco.

— En nombre de la república. La barricada tiene dos salvadores : Marius Pontmercy y usted.

— ¿ Cree usted que merezco una recompensa?

— Ciertamente.

— Pues bien, yo pido una.

— ¿Cuál?

— Levantar yo mismo la tapa de los sesos á ese hombre.

Javert levantó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible, y dijo :

— Es justo.

Por lo que hace á Enjolras, se habia puesto á cargar de nuevo su carabina ; y giró la vista en derredor suyo, diciendo :

— ¿ Nada de reclamaciones?

Y se dirigió hácia Juan Valjean :

— Hágase usted cargo del espía.

En efecto, Juan Valjean tomó posesion de Javert, sentándose en la extremidad de la mesa. Cogi6 la pistola, y un débil ruido anunció que acababa de armarla.

Casi al mismo instante, oy6se el toque de los clarines.

— ¡ Alerta! gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se echó á reir, con esa risa sin ruido que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo :

— Pues lo que es vosotros no lo pasáis mejor que yo.

— ¡ Todo el mundo á la calle! gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tumulto, y al tiempo de salir, recibieron en la espalda, permitasenos la expresion, este saludo de Javert :

— ¡ Hasta luégo!

Así atravesaron el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, enteramente absortos por la inminencia del ataque, tenían la espalda vuelta.

Sólo Marius, que se hallaba situado en la extremidad lateral izquierda de la barricada, los vió pasar. Aquel grupo del paciente y del verdugo se le iluminó en la luz sepulcral que tenía él en su alma.

Juan Valjean hizo escalar, no sin algun trabajo, á Javert agarrotado, pero sin soltarle un solo instante, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondétour.

Luégo que hubieron saltado ambos aquella barrera se encontraron solos en la calleja. Nadie los veía ya. La esquina que formaban las casas los ocultaba enteramente á los insurrectos. Los cadáveres retirados de la barricada formaban un monton terrible á la distancia de algunos pasos.

En aquella pila de muertos distinguíase un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano perforada, y un seno de mujer medio desnudo. Era el cadáver de Eponina.

Javert miró al soslayo, consideró breves instantes aquella muerta, y con la más profunda calma dijo á media voz :

— Paréceme que conozco á esa mozueta.

Despues se volvió y miró atentamente á Juan Valjean.

Juan Valjean se puso la pistola bajo el brazo, y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir:

— Javert, soy yo.

Javert respondió :

— Vengate tú ahora.

Juan Valjean sacó de su bolsillo una navaja, y la abrió.

— ¡ Un churi ! exclamó Javert. Haces bien. Eso te conviene mejor.

Juan Valjean cortó con la navaja la martingala que Javert llevaba al cuello, despues cortó las cuerdas que le

XIX

JUAN VALJEAN SE VENGA

Cuando Juan Valjean estuvo ya solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba bajo la mesa. Y en seguida, le hizo seña para que se levantara.

Javert obedeció al punto, con esa indefinible sonrisa en la cual se condensa la supremacia de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó á Javert por la martingala como habria tomado á una acémila por la pechera, y llevádole tras sí, salió de la taberna, muy despacio, pues Javert, como tenía las piernas ligadas, no podia dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba empuñada la pistola.

ligaban las muñecas; bajándose en seguida, cortó también el cordel que le sujetaba los pies; y por último, enderezándose, le dijo:

— Está usted libre.

Javert no era hombre fácil de admirarse por nada de este mundo. Sin embargo, dueño y señor de sí mismo como se veía de improviso, y de un modo tan inesperado, no pudo sustraer su espíritu á cierta conmoción. Quedóse pues con la boca abierta é inmóvil.

Juan Valjean prosiguió:

— Yo no creo salir de aquí. No obstante, si, por casualidad, saliera, habito, bajo el nombre de Fauchelevant, en la calle del Homme-Armé, número siete.

Javert experimentó una contracción, y como un fruncimiento de tigre que le hizo entreabrir una extremidad de la boca, y murmuró entre dientes:

— Cuidado contigo.

— Márchese usted, le dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

— ¿Has dicho Fauchelevant, calle del Homme-Armé?

— Número siete.

Javert repitió á média voz: — Número siete.

Se abotonó su levita, puso un poco de inflexibilidad militar en su cuello y entre sus hombros, dió una média vuelta, se cruzó de brazos apoyando la barba en una mano, y echó á andar en la dirección de los mercados centrales. Juan Valjean le seguía con la vista. Despues de haber dado algunos pasos, Javert se volvió, y dijo á Juan Valjean:

— Me está usted fastidiando. Mátame más bien.

Ni siquiera se apercibía Javert de que ya no tuteaba á Juan Valjean.

— Márchese usted, le dijo este.

Javert se aleió á naso lento. Al cabo de algunos ins-

tantes, dió vuelta á la esquina de la calle de los Predicadores.

Luégo que Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

Despues se volvió á la barricada y dijo:

— Ya está hecho.

Entre tanto, hé aquí lo que había pasado:

Más ocupado de lo que sucedía en el exterior que del interior de la taberna, Marius no había mirado con atención hasta entónces al espía agarrotado en el fondo oscuro de la sala baja.

Quando le vió, á la grande claridad del dia, atravesando la barricada para ir á morir, le reconoció al instante. Un recuerdo súbito penetró en su mente. Vinole á la memoria el inspector de la calle de Pontoise, y las dos pistolas que él le había entregado y de las cuales se había servido Marius en esta misma barricada; y no sólo recordó su fisonomía, sino también su nombre.

Sin embargo, este recuerdo era turbio y nebuloso, como todas las ideas que tenía él entónces. No fué una afirmación que se hizo, sino una pregunta que se dirigió: — ¿Es que por ventura no es éste aquel inspector de policia que me dijo llamarse Javert?

Tal vez sería tiempo aún de intervenir á favor de aquel hombre? Pero ante todo, era preciso saber si en efecto era aquel el mismo inspector Javert á quien él había visto y hablado en su despacho.

Marius interpeló á Enjolras que acababa de colocarse en el extremo opuesto de la barricada:

— ¡Enjolras!

— ¿Qué quieres?

— ¿Cómo se llama aquel hombre?

— ¿Qué hombre?

— El agente de policia. ¿Sabes cuál es su nombre?

— Sin duda. Nos le ha dicho.

— ¿Cómo se llama?

— Javert.

Marius se levantó inmediatamente.

En este mismo instante se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean reapareció en la barricada y dijo en alta voz: Ya está hecho.

Una sombra glacial atravesó el corazón de Marius.

XX

LOSMUERTOS TIENEN RAZON Y LOS VIVOS NO SE EQUIVOCAN

La agonía de la barricada iba ya á comenzar.

Todo contribuía á la trágica majestad de aquel momento supremo; mil rumores misteriosos cruzando los aires, el ruido de las masas armadas puestas en movimiento en calles invisibles, el intermitente galopar de la caballería, el pesado transporte de las piezas de artillería en marcha, los fuegos de peloton y los cañonazos cruzándose en el inmenso dédalo de París, la humareda de la batalla dorada de fuegos y elevándose por encima de los tejados, ciertos gritos lejanos y vagamente terribles, relámpagos amenazadores por todas partes, la campana de Saint-Merry que ahora tenía el acento del suspiro y del sollozo, lo apacible de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Pues desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habían convertido en dos austeras murallas. Puertas, ventanas, balcones, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan diferentes de estos en que nos hallamos, cuando llegaba la hora en que el pueblo quería concluir con una situación que había ya durado demasiado tiempo, con una Carta otorgada ó con un país legal, cuando la ira universal se hallaba difundida en la atmósfera, cuando la ciudad consentía en que se levantara el empedrado de sus calles, cuando la insurrección hacía sonreír á las clases medias diciéndolas al oído su propia consigna, entónces el habitante, penetrado de movimiento, por decirlo así, se convertía en auxiliar del combatiente, y la casa confraternizaba con la fortaleza improvisada que encontraba en ella su apoyo. Cuando la situación no estaba madura aún, cuando la insurrección no era consentida de un modo formal y decisivo, cuando la masa de la población desaprobaba el movimiento, los combatientes estaban perdidos, la ciudad se convertía en un desierto al rededor de la revuelta, las almas se velaban, los asilos se muraban y se fortificaban, y la calle era un desfiladero para ayudar al ejército á tomar la barricada.

No se hace nunca marchar á un pueblo por sorpresa más de prisa de lo que él quiere marchar. ¡Desgraciado el que intenta forzarle la mano! Un pueblo no se deja arrastrar así como se quiera. En este caso, abandona él la insurrección á sí misma. Los insurrectos se transforman en otros tantos apestados. Una casa es una escarpa, cada puerta es una negativa, cada fachada un muro. Este muro ve, oye y no quiere. Bien pudiera él entreabrirse y salvaros: pero no. Aquel muro es un juez. Os está mirando, y os condena. ¡Qué cosa tan sombría son esas

casas cerradas! Parecen muertas, y sin embargo están vivas. Aunque se halla como en suspenso, la vida persiste en ellas. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero nadie falta allí tampoco. En el interior de aquella roca, se va, se viene, se acuestan, se levantan; se está en familia; se come y se bebe; y se tiene miedo; cosa terrible! El miedo es la excusa de esta inhospitalidad formidable; y mezcla con él el azoramiento, que le sirve de circunstancia atenuante. Algunas veces se ha visto que el miedo se convierte en pasión; el pavor puede transformarse en furia, como la prudencia en rabia; de aquí esta denominación tan profunda y tan exacta: *Los moderados rabiosos*. Hay resplandores de espanto supremo de donde sale la ira, á la manera de una lúgubre humareda. — ¿Qué quieren esas gentes? Nunca están contentos. Comprometen con sus locuras á los hombres pacíficos. ¡Como si no hubiéramos tenido ya bastantes revoluciones! ¿Qué es lo que vienen á hacer aquí? Que se arreglen como pueden; allá se las hayan. Tanto peor para ellos, si los fastidian. Ellos se tienen la culpa. Bien empleado se les está. ¿Qué nos importa á nosotros eso? Hé aquí nuestra pobre calle acribillada de balas. Toda esa gente son unos perdidos, un hato de holgazanes y tunantes. Los hombres « de arraigo » no debemos hacer caso de esos descamisados. ¡Sobre todo, cuidado con abrirles las puertas! — Y la casa adquiere el aspecto de una tumba. Ante aquella puerta, el insurrecto agoniza; ve llegar hácia él la metralla y los sables desenvainados; grita, sabe que le escuchan, pero que no vendrán en su auxilio; allí hay paredes que pudieran protegerle, hombres que pudieran salvarle; y aquellas paredes tienen oído de carne, y aquellos hombres tienen entrañas de piedra.

¿A quién habremos de acusar?

Á nadie, y á todo el mundo.

Á los tiempos incompletos en que vivimos.

Cuando la utopia se transforma en insurreccion, lo hace siempre por su cuenta y riesgo, y de protesta filosófica, degenera en protesta armada; de Minerva en Pálas. La utopia que se impacienta y que se convierte en rebelion sabe muy bien lo que la espera; casi siempre llega demasiado pronto. Entónces se resigna, y acepta estoicamente, en vez del triunfo, la catástrofe. Sin quejarse de ellos, y aún disculpándolos á veces, sirve ella á los que la reniegan, y su magnanimidad se cifra en consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo, dulce y apacible para con la ingratitud.

Por otra parte, ¿es esto ingratitud?

Sí, bajo el punto de vista del género humano.

No, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo del hombre. La vida general á la especie humana se llama el Progreso; el paso colectivo del género humano se llama el Progreso. El progreso marcha sin cesar; hace el gran viaje humano y terrestre hácia lo celestial y hácia lo divino; tiene sus altos y sus etapas donde reúne el rebaño que se halla en retraso; tiene sus estaciones donde medita, en presencia de algun espléndido Canaan que descubre de improviso su horizonte; tiene sus noches en que duerme; y una de las más terribles y más punzantes ansiedades del pensador, consiste en ver la sombra sobre el alma humana, y palpar en las tinieblas, sin poderle despertar, al progreso dormido.

— *Tal vez Dios ha muerto*, decía un dia Gérard de Nerval al que escribe estas líneas, confundiendo al progreso con Dios, y tomando la interrupcion del movimiento por muerte del Sér.

El que desespera, hace mal. El progreso se despierta

infaliblemente, y, en suma, podria decirse que marcha, aún dormido, puesto que se ha engrandecido. Cuando se le vuelve á ver de pié, se le encuentra más alto. Mostrarse siempre pacifico, es cosa que no depende del progreso, como no depende tampoco de un rio; no elevéis á su paso una barrera insuperable, no arrojéis allí una roca; el obstáculo hace espumar el agua y pone en eferescencia á la humanidad. De aquí los disturbios que estallan á veces; pero despues de estos disturbios, se reconoce que se ha recorrido una buena parte del camino. Hasta tanto que el órden, que no es otra cosa que la paz universal, quede al fin establecido, hasta que reinen por completo la armonía y la unidad, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué cosa es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien, á veces sucede que la vida momentánea de los individuos opondrá resistencia á la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin amargura, el individuo tiene su interes distinto, y puede, sin prevaricacion, estipular á favor de este interes y defenderle; el presente tiene su excusable dósis de egoísmo; la vida momentánea tiene sus derechos, y no está obligada á sacrificarse sin cesar al porvenir. La generacion que actualmente está en turno de su tránsito sobre la tierra no está obligada á abreviarle por las generaciones, sus iguales sobre todo, que vendrán más adelante en turno. — Yo existo murmura ese personaje que se llama Todos. Soy jóven y estoy enamorado, soy viejo y quiero descansar, soy padre de familia, estoy trabajando, prospero, hago buenos negocios, tengo casas que alquilar, tengo fondos del Estado, soy feliz, tengo mujer é hijos, yo tengo amor á todo esto, deseo vivir, dejadme tranquilo. — De aquí, á ciertas

horas, un frío profundo sobre los magnánimos vanguardias del género humano.

Por otra parte, es preciso convenir en que la utopía, haciendo la guerra, sale de su radiante esfera. Ella, que es la verdad de mañana, toma su procedimiento, la batalla, á la mentira de ayer. Ella, que es el porvenir, obra como el pasado. Ella, la idea pura, se convierte en vía de hecho. Ella complica su heroísmo con una violencia de la cual es justo que responda; violencia de ocasión y de expediente, contrária á los principios, y de la cual es ella castigada fatalmente. La utopía insurreccion combate, con el viejo código militar en la mano; ella fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime los seres vivientes y los lanza en las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte, cosa grave. Parece que la utopía no tiene ya fe en su propio brillo y en su radiación, que es en lo que consiste toda su fuerza irresistible é incorruptible. Ella hiere con la espada. Ahora bien, ninguna espada es simple. Toda hoja de acero tiene dos filos; el que hiere con uno de ellos se hiere con el otro.

Una vez hecha esta reserva, y hecha con toda severidad, no podemos ménos de admirar, que ellos triunfen ó no, á esos gloriosos combatientes del porvenir, los confesores de la utopía. Aun cuando fracasan y abortan, son venerables, y tal vez en la derrota es cuando tienen más majestad. La victoria, si es conforme al progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero la derrota heroica merece su ternura. Si la una es magnífica, la otra es sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, John Brown es más grande que Washington, y Pisacane más grande que Garibaldi.

Preciso es que álguien esté por los vencidos.

Suele ser el mundo injusto para con esos grandes en-

sayadores del porvenir cuando abortan en sus heroicas empresas.

Se acusa á los revolucionarios de sembrar el espanto. Toda barricada parece un atentado. Se increpan sus teorías, se sospecha su objeto, se teme una segunda intención, se denuncia su conciencia. Se los inculpa de elevar, amontonar y exponer contra el hecho social reinante un cúmulo de miserias, de dolores, de iniquidades, de agravios, de desesperaciones, y de arrancar de los terrenos ó de las capas bajas del pueblo rocas de tinieblas para atrincherarse en ellas y combatir desde allí. Y se les grita: ¡Estáis desempedrando el infierno! Á lo cual podrían ellos responder: Por eso precisamente nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

En verdad que la mejor de todas las soluciones es la solución pacífica. En suma, convengamos desde luego en que, cuando se ve el adoquín, se piensa en el oso, y la sociedad se inquieta de esa buena voluntad. Pero de la sociedad depende el salvarse ella misma; y nosotros apelamos á su buena voluntad sobre todo. Ningun remedio violento es necesario. Estudiar el mal amistosamente, consignarle, y despues curarle. Á esto es á lo que la invitamos.

Sea como quiera, aún caidos, principalmente caidos, son realmente augustos esos hombres que, en todas las comarcas del universo, puestos los ojos en la Francia, luchan por la grande obra con la inflexible lógica del ideal; dan sus vidas, gratuitamente, por el progreso; cumplen con la voluntad de la Providencia; practican un acto religioso. Á la hora convenida, con tanto desinterés como un actor que acude á su réplica, obedeciendo al escenario divino, entran en la tumba. Y aceptan ese combate sin esperanza, esa estoica desaparición de la escena del mundo, con el magnánimo designio, con el

gran fin de conducir á sus espléndidas y supremas consecuencias universales el magnífico movimiento humano irresistiblemente empezado el 14 de Julio de 1789; esos soldados son verdaderos sacerdotes. La revolución francesa es una hazaña de Dios.

Por lo demás — y es conveniente añadir esta distinción á las distinciones indicadas ya en otro capítulo, — hay las insurrecciones aceptadas, que se llaman revoluciones; y hay también las revoluciones rehusadas, que se llaman asonadas ó motines. Una insurrección que estalla es una idea que sufre su exámen ante el pueblo. Si el pueblo deja caer su bola negra en la urna, la idea es fruto seco; la insurrección es un motin, una cascabelada.

La entrada en guerra á propósito de toda intimación, y cada vez que la utopía lo desea, no es generalmente la obra de los pueblos. Las naciones no tienen siempre y á toda hora el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son ellas positivas. Á priori, la insurrección las repugna; en primer lugar, porque, con harta frecuencia, suele tener por resultado una catástrofe; y en segundo, porque siempre tiene por punto de partida una abstracción.

Pues es indudable, y esto es en verdad muy hermoso, que siempre es por el ideal, y sólo por el ideal, por lo que se sacrifican los que se sacrifican. Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede encolerizarse; de aquí el apelar á las armas. Pero toda insurrección que dirige la puntería á un gobierno, ó á un régimen cualquiera, asesta sus tiros más arriba. Así, por ejemplo, insistamos en esto, lo que combatían los jefes de la insurrección de 1832, y particularmente los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente á Luis Felipe. La mayor parte de ellos, habiando con toda la expan-

sion del corazón, hacían justicia á las calidades de aquel rey medianero entre la monarquía y la revolución; ninguno le aborrecía. Pero atacaban la segunda línea ó rama lateral del derecho divino en Luis Felipe, como habían atacado su rama principal ó directa en Carlos X; lo que ellos querían derrocar, derrocando el trono en Francia, era, según lo hemos explicado ya, la usurpación del hombre sobre el hombre y del privilegio sobre el derecho en el universo entero. París sin rey tiene por consecuencia inmediata el mundo sin déspotas. Así discurrían ellos. El fin que se proponían estaba lejano sin duda, tal vez era vago y retrocedía ante el esfuerzo; pero era grande.

Así sucede, en efecto, y se sacrifican por esas visiones que, para los sacrificados, son ilusiones, casi siempre, pero ilusiones con las cuales, en suma, se liga y se combina toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y dora la insurrección. Selanza uno en esas escenas trágicas, embriagándose con la idea de lo que va á hacer. ¿Quién sabe? tal vez se triunfe. Son una débil minoría; tienen contra sí todo un ejército; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía de cada uno sobre sí mismo que no consiente abdicación posible, la justicia, la verdad y, si es necesario, mueren como los trescientos esparciatas. No se piensa en don Quijote, sino en Leónidas. Y caminan impávidos hácia adelante, y, una vez empeñados en la liza no retroceden, y se precipitan, con la cabeza baja, abrigando la esperanza de una victoria inaudita, la revolución consumada y completa, el progreso devuelto á la libertad, el engrandecimiento del género humano, la liberación, la redención universal; y en la peor de las hipótesis, las Termópilas.

Esto recursos de armas por el progreso fracasan á menudo, y ya hemos dicho ántes por qué. La muchedumbre

se muestra reacia á la voz de los paladines. Las masas innumerables y pesadas del pueblo, frágiles á causa de su misma pesantez, temen las aventuras; y siempre hay aventura en el ideal.

Por otra parte, preciso es no olvidarlo, los intereses están allí presentes, y los intereses son poco amigos de lo ideal y de lo sentimental. Á veces el estómago paraliza el corazón.

La grandeza y la belleza de la Francia consisten en que ella adquiere ménos vientre que los demas pueblos; ella se ciñe más fácilmente la cuerda á los riñones. Es la primera que despierta y la última que se duerme. Marcha siempre hácia adelante. Es investigadora y buscadora.

Todo esto depende de que es artista.

El ideal no es otra cosa que el punto culminante de la lógica, á la manera que lo bello no es otra cosa que la cima de lo verdadero. Los pueblos artistas son tambien los pueblos consecuentes. Amar la belleza, es ver la luz. Por eso la antorcha de la Europa, es decir, de la civilización, fué conducida primero por la Grecia, la cual la pasó á la Italia, que á su vez la ha trasladado á la Francia. ¡Pueblos exploradores y divinos! *Vitæ lampada tradunt.*

Cosa admirable, la poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación. Sólo que un pueblo civilizador debe de permanecer siendo un pueblo varonil. Corinto, sí; Sybaris, no. El que se afemina, degenera y bastardea. No conviene ser *dilettante* ni *virtuose*; pero conviene ser artista. En materia de civilización, lo que importa es sublimar, pero no refinar. Bajo esta condición, se da al género humano el patron del ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte, y su medio en la ciencia. Por la ciencia es por donde se realizará esta vision augusta de los poetas: la belleza social. Se reedi-

ficará el Eden por A + B. En el punto al cual ha llegado ya la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el sentimiento es, no sólo servido, sino completado por el órgano científico, el sueño debe calcular. El arte, que es el conquistador, debe de tener por punto de apoyo á la ciencia, que es el andador. Importa mucho la solidez de la montura. El espíritu moderno es el genio de la Grecia teniendo por vehículo el genio de la India; Alejandro sobre el elefante

Las razas petrificadas en el dogma ó desmoralizadas por el lucro son impropias para conducir la civilización. La genuflexion ante el idolo ó ante el doblon entorpece y anula el músculo que anda y la voluntad que marcha. La absorcion gerática ó mercantil amengua el brillo de un pueblo, rebaja su horizonte rebajando su nivel, y le retira esa inteligencia á la vez humana y divina del fin universal que constituye á las naciones misioneras. Babilonia carece de ideal; Cartago carece de ideal. Aténas y Roma poseen y conservan, aún al traves de todo el nocturno espesor de los siglos, auréolas de civilización.

La Francia es un pueblo de la misma calidad que la Grecia y que la Italia. Es ateniense por lo bello, y romana por lo grande. Además, es buena. Se entrega, se da generosa y gratuitamente á los demas pueblos. Es más general en ella que en las otras naciones el humor de consagrarse y de sacrificarse al servicio de sus semejantes. Sólo que este humor la toma y la deja. Y este es el gran peligro para los que corren cuando ella no quiere más que andar, ó que andan cuando ella quiere detenerse. La Francia suele sufrir sus recaídas de materialismo, y en ciertos momentos, las ideas que obstruyen ese cerebro sublime no tienen nada que recuerde la grandeza francesa, y son de la dimension de un Missouri ó de una Carolina del Sud. ¿Qué hacer entonces? La gigante juega á la enana; la

inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez. Y nada más.

Á esto no hay nada que decir. Como los astros, también los pueblos tienen el derecho de eclipse. Y todo va bien, con tal que la luz vuelva, y que el eclipse no degenerare en noche. Aurora y resurrección son sinónimos. La reaparición de la luz es idéntica á la persistencia del yo.

Consiguemos con calma estos hechos. La muerte en la barricada ó la tumba en el destierro son para la abnegación hipótesis aceptables. El verdadero nombre de la abnegación, es desinterés. Déjense abandonar los abandonados, déjense desterrar los desterrados, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado léjos, cuando retroceden. No conviene, so pretexto de volver á la razón, lanzarse demasiado en el descenso.

La materia existe, el minuto existe, los intereses existen, el vientre existe; pero toda la sabiduría no debe concentrarse en el vientre. Nosotros admitimos desde luego que la vida momentánea tiene sus derechos, pero la vida permanente tiene también los suyos. ¡ Ah! haber ascendido, no es una razón para dejar de caer. Esto suele verse en la historia con mayor frecuencia de lo que sería de desear. Una nación es ilustre; ama el ideal, y después muere en el fango, y esto lo encuentra ella bueno; y si se le pregunta de dónde procede que abandone á veces á Sócrates por Falstaff, responde: Es que me gustan los hombres de Estado.

Diremos aún una palabra más, ántes de entrar de nuevo en la revuelta.

Una batalla como la que estamos nosotros refiriendo en este momento no es otra cosa que una convulsión hácia el ideal. El progreso comprimido es enfermizo y peligroso, y suele sufrir accesos de esas epilepsias trá-

gicas. Esta enfermedad del progreso, la guerra civil, hemos debido naturalmente encontrarla á nuestro paso. Es uno de las fases fatales, acto y entreacto á la vez, de este drama cuyo protagonista es un condenado social, y cuyo verdadero título es: *el Progreso*.

¡ El Progreso!

Este grito que lanzamos á menudo encierra todo nuestro pensamiento: y en el punto en que nos hallamos de este drama teniendo aún que sufrir más de una prueba la idea que él contiene, tal vez nos será lícito, sino levantar del todo el velo, á lo ménos dejar que se vea transparente pero clara una vislumbre ó resplandor.

El libro que el lector tiene á la vista en este momento es, de un extremo al otro, en su conjunto y en sus detalles, sean cualesquiera las intermitencias, las excepciones ó desfallecimientos, la marcha del mal hácia el bien, de lo injusto hácia lo justo, de lo falso hácia lo verdadero, de la noche hácia el día, de la concupiscencia hácia la conciencia, de la pobredumbre hácia la vida, de la bestialidad hácia el deber, del infierno hácia el cielo, de la nada hácia Dios. Punto de partida: la materia; punto de llegada: el alma. La hidra al principio, el ángel al fin.